

PROLOGUE

Mieke Bal

*from bibliographic edition: El bebedor de lágrimas
AHORA, Ediciones de Bibliofilia, Murcia, Spain 2008*

«EL BEBEDOR DE LÁGRIMAS» es un poema en prosa, o una serie de poemas cortos de gran energía evocadora, sobre todo debido al uso de palabras simples, directas y concisas. Palabras que dan la impresión de no poder ser quitadas, desplazadas o sustituidas. En un sentido semejante, las serigrafías de Javier Pérez que se alternan con las páginas del texto son poderosas en su franqueza formal. Tienen en común que trabajan sobre la cuestión de lo no existente. Es decir, son ficciones. El texto y las imágenes confrontan al lector con el mundo imposible de los cuentos de hadas para adultos, con una autoevidencia sin adornos, como si no hubiera otro mundo pensable.

La historia de un hombre que recoge y después bebe las lágrimas que ve emerger cada noche en el rostro de su amada dormida, intenta mostrar la posibilidad de la «con-dolencia». Sin embargo, su búsqueda concluye negativamente. El «sufrir-con» es, en última instancia, imposible. La diferencia irreducible entre las personas ha de la condolencia –o, por utilizar la versión latina de la palabra, la «compasión»- un ideal inalcanzable.

Las serigrafías dan forma a la unidad igualmente imposible de la existencia humana y natural. Los cuerpos se convierten en raíces, árboles que gritan o se besan entre sí, y los cuerpos humanos desaparecen en la ondulación del agua, cuya escala permanece enigmáticamente indeterminada, como sucede con ese rostro muerto –acaso el dolor mismo- que es apretado entre unas manos de ramas de árbol.

Existe una incompatibilidad irreducible que no sólo se percibe en el interior de ambas poéticas, sino también en la relación que se establece entre el texto y la imagen. Las serigrafías no ilustran el texto, ni el texto provoca en las serigrafías un contenido narrativo. Entre los dos elementos se encuentra un sentido de respeto mutuo por la integridad del otro. En este sentido, estas dos obras de arte son el fondo una sola, precisamente porque convergen en las incompatibilidades más fundamentales de la existencia – la suya propia incluida.

Los textos y las imágenes conducen al arte más allá de la nada que resulta tras la aceptación de lo imposible, y se unen en ese logro. Sin embargo, en ambos casos, esta derrota no implica resignación o nihilismo. Si la condolencia es estrictamente imposible, el resultado es, sin embargo, un intento de «sufrir con» para participar en el sufrimiento del otro, más poderoso aún en la toma de conciencia de lo inalcanzable de la meta. La modestia que tiene lugar tras la intuición de la falta enaltece una relación que ya no está basada en una mentira. Es, por tanto, una historia de amor profundamente post-romántica. De ahí la ausencia total de especulación psicológica. En las serigrafías, la relación imposible y sin embargo inextricable entre la humanidad y naturaleza conduce al reconocimiento de la unión indeleble entre ambas partes, la necesidad mutua que cada una tiene de la otra. En este lugar, con la incertidumbre de la escala como herramienta primaria, daría la impresión de que estas formas no son posibles. Y sin embargo, las vemos.

La toma de conciencia sagaz de que los textos y las imágenes son tan diferentes como lo son dos personas no imposibilita la relación entre los miembros de cada par. En última instancia, la conclusión que se impone es que esa incompatibilidad es la que define toda relación. En lugar de pesimismo y tristeza, el tono del trabajo, de modo silencioso y velado, nos infunde una cierta esperanza callada.